



CARTA DEL SR. OBISPO

paz en la tierra a los hombres a los hombres que ama el Señor

Queridos hermanos:

La Jornada de la paz, que celebramos en toda la Iglesia el día 1 de enero, tiene este año 2000 una resonancia especial. La reconciliación que nos pide el Jubileo está llamada a extenderse a todos los pueblos de la tierra. Cada uno de nosotros la vivimos en nuestros propios ambientes, pero estamos llamados a promover, acompañar y apoyar todas las iniciativas que hagan de la paz una experiencia universal. Os invito a todos a que leáis y reflexionéis atentamente el mensaje de Juan Pablo II, con motivo de esta Jornada de la paz.

La paz entre los pueblos es una causa tan grande y tan exigente que, muchas veces, tenemos la impresión de que nos sobrepasa. Sentimos impotencia; nuestro corazón se encoge ante los horrores de la guerra, sentimos una enorme compasión por las víctimas inocentes y una especie de rabia frente a la incapacidad absurda de quienes son responsables de tantas barbaridades. Pero, ¿qué podemos hacer para frenarlas y suprimirlas?

Cuando nuestro corazón va tras la paz, encuentra siempre ocasiones para hacerla posible. Hay que empezar por los ámbitos más cercanos de reconciliación. La propia familia, el pueblo, el barrio, la ciudad, las diferentes ideologías sociales y políticas... son otros tantos lugares para promover la reconciliación y la paz. El respeto mutuo, la acogida sincera del otro, el estímulo por un proyecto común, la sincera aportación personal al bien de todos... son actitudes concretas con las que podemos y debemos ir creando el *espíritu de familia*, que reconoce y acoge a todos como a hermanos. No debería pasarnos el año jubilar sin haber realizado algún *acto de reconocillación concreta*, que nos haga, aunque sea a pequeña escala, artífices de paz a nuestro alrededor. Será la mejor manera de aspirar a una paz universal y de acoger y acompañar todos los esfuerzos necesarios para la paz universal.

Y, como no habrá paz sin *justicia y fraternidad*, la llamada a construirla se nos convierte también en compromiso concreto de solidaridad. Para manifestar de algún modo nuestra *conversión solidaria* en el año jubilar os he propuesto que todos, personas e instituciones, dediquemos, al menos un 1% de nuestros ingresos a tres proyectos solidarios con los pobres más cercanos y con los más lejanos: un proyecto de Manos Unidas en la India; un proyecto de Cáritas Diocesana: la rehabilitación de la Casa de Abrahán, en Daimiel, para reinserción de transeúntes; y un proyecto social de nuestros Misioneros diocesanos. Es sólo un signo. Pero puede ser elocuente, si lo acompañamos de un cambio de mentalidad y de actitudes respecto a nuestras responsabilidades y compromiso con el mundo de los pobres.

La paz nos pide a todos empeñarnos en una educación en valores. Sobre los responsables de la educación de las generaciones jóvenes grava una especial obligación para que el respeto de los derechos humanos, los compromisos de justicia y solidaridad, el rechazo de toda violencia e intransigencia, el paso de la hostilidad a la acogida, la disponibilidad a la cooperación para el desarrollo integral... lleguen a formar parte de la personalidad que en ellos se va formando. Si esos valores son alimentados por la fe, se convierten en todos los creyentes en fuente inagotable de construcción de la familia universal de Dios, reconocido y vivido como Padre desde el compromiso por la fraternidad. Que la paz habite en vuestros corazones y os haga a todos instrumentos eficaces para conseguirla.

Vuestro Obispo

+Rafael



La reconciliación que nos pide el jubileo está llamada a extenderse a todos los pueblos de la tierra

Cuando nuestro corazón va tras la paz, encuentra siempre ocasiones para hacerla posible.

La llamada a construirla se convierte en compromiso concreto de solidaridad.

